

Julio II con Jupiter olímpico, traian á cuento Sócrates ó Aristides, pero jamás los santos, Curcio ó Régulo, pero jamás los mártires; y á Dios le llamaban óptimo, y á la Iglesia Asamblea, y á la herejía faccion, y al cisma sedicion, y al obispo presidente de las provincias, y á las excomuniones interdiccion del agua y del fuego, y al colegio de cardenales senado de padres conscriptos, y á la vida eterna y á la comunión de los bienaventurados sociedad de dioses inmortales. Realmente, si la Iglesia le hubiera oído, admitiera un poco mas la razon en sus dogmas, la ciencia en su teología, el evangelio en su moral; y desechara tantas y tantas supersticiones como atraian sobre ella el rayo asolador de una revolución inevitable. Mas, para hacerse oír, para impulsar, para mover, faltábale el motor de los motores, faltábale el divino y sacrosanto entusiasmo. Seméjase en todo á Voltaire, en la ironía, en la gracia, en el ingenio, en la ligereza, en la universalidad de conocimientos, en el gusto por la polémica, en la tolerancia filosófica y religiosa, en la iniciativa tomada para traer una revolución cuyas consecuencias asustaban al uno y al otro; poco amigos del movimiento y del ruido, que engendraban con sus propias palabras y muy amigos de los Reyes y de los Papas, á quienes combatian y denigraban en sus respectivos apostolados y en sus incansables propagandas. Por esto Voltaire, que destruye la sociedad antigua, no comprende á Rousseau que trae la sociedad nueva, como Erasmo, que destruye la religión antigua, no comprende á Lutero, que trae la nueva religión. Mas uno y otro, Lutero y Rousseau, tienen las exaltaciones, los delirios, los arrebatos, los impulsos heróicos, los desmayos y las flaquezas, los ataques nerviosos, las inspiraciones súbitas, los desarreglos intelectuales, y las vocaciones extraordinarias que distinguen á todos cuantos inician una nueva idea en la conciencia humana y abren una nueva edad en la historia.

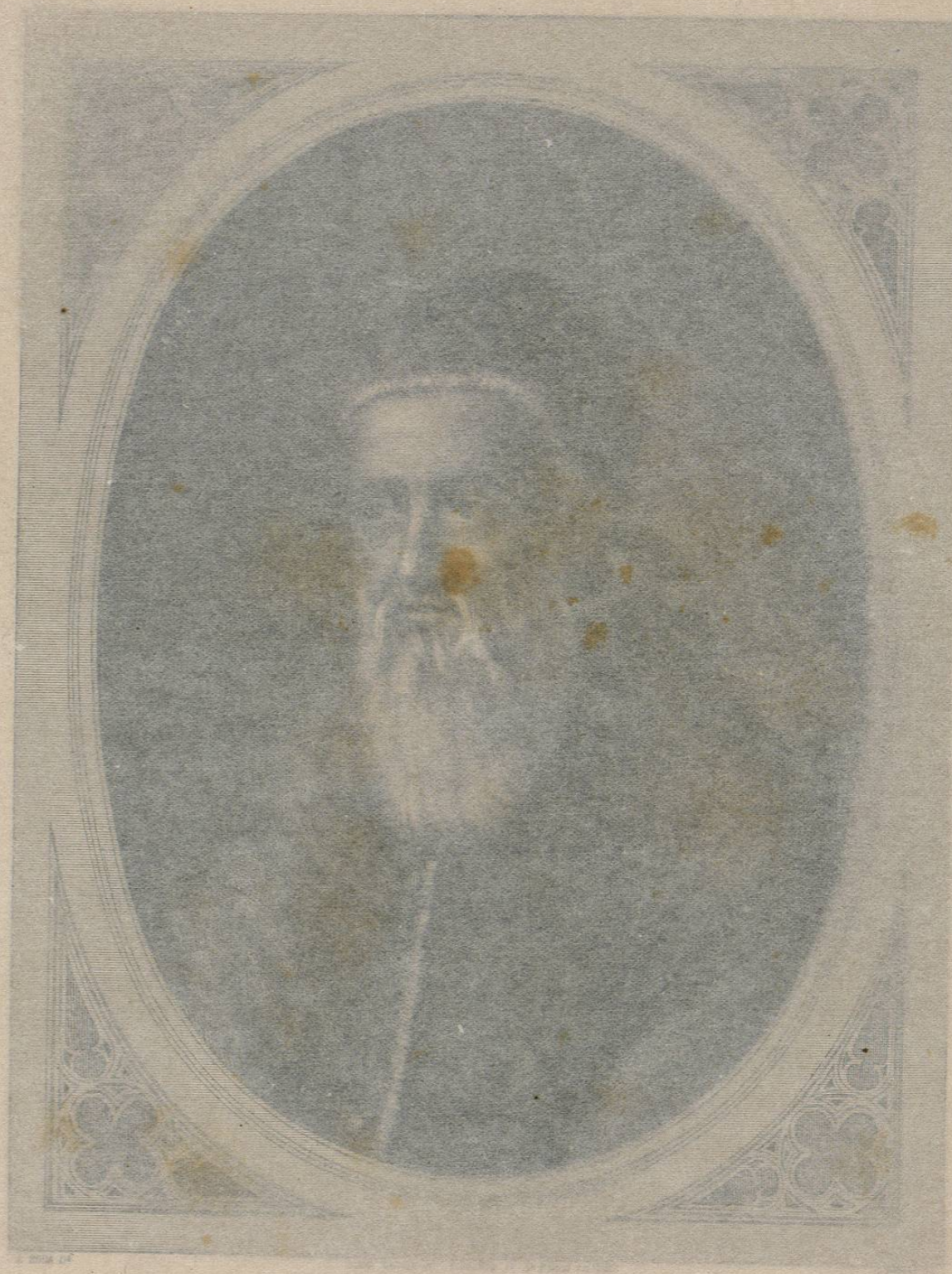
CAPÍTULO V

ROMA É ITALIA BAJO LOS PONTIFICADOS DE JULIO II Y LEON X

Si Pio II y Sixto IV y Alejandro VI son los Papas, que mas poderosamente influyen por su religión y por su política en la vida tormentosa de Jerónimo Savonarola; Julio II y Leon X son los Papas, que mas poderosamente influyen, á su vez, en la vida, no menos tormentosa, de Martin Lutero. Imposible, completamente imposible, conocer la dirección que toman las ideas y las acciones de los dos grandes monjes revolucionarios, sin conocer antes los Papas, á quienes combaten y con quienes empeñan tan trágicos conflictos. Uno de los principales caracteres, que ostenta en este tiempo el Pontificado, su principal ciertamente, puede resumirse en una fórmula, á saber: disminucion del poder espiritual sobre las conciencias, disminucion todavía mayor del poder político sobre las potestades; pero aumento de su patrimonio territorial. Unos Papas, como Inocencio VIII, Paulo II, Alejandro VI, Sixto IV, querian este aumento territorial para su familia, para sus hijos ó sobrinos; y otros Papas querian este aumento territorial para el poder del catolicismo y para la gloria y el esplendor de su Iglesia. Entre estos últimos, descuella el inflexible, el incontrastable, el fuerte, el enérgico Julio II, en quien debemos ver al Papa que supo fijar verdaderamente la monarquía territorial del Pontificado católico. Nacido de bien baja extracción, nunca olvidó la humildad de su origen; y túvola por signo de que, en sus vocaciones y en el cumplimiento de estas vocaciones, habia puesto Dios algo de su voluntad y de su providencia. Así contaba á todo el mundo cómo, en su niñez, habia mil veces tripulado á remo

humilde barca desde Artizuola á Génova para vender cebollas. Despues del reinado de Alejandro VI; despues del nepotismo erigido en sistema de gobierno; tras aquel Duque de Gandía que aprovecha el Pontificado de su padre para granjearse títulos y feudos en España, influjo y oro en Nápoles; tras aquel Duque de Valentinois que fuerza la mano de Alejandro VI para que le busque ducados en Francia, régia esposa en Navarra, monarquía territorial en Bolonia; despues de aquellos cardenales Riarios que convierten la Roma pontificia en triste remedo y copia de la Roma cesárea; despues de aquel cardenal Hipólito de Este, que arrancó los ojos á su hermano porque le parecieran hermosos á su querida; despues de todos estos escándalos, el ánimo reposa, viendo un Papa, poco espiritualista en verdad, nada religioso, exento de la idealidad necesaria para despertar un tanto el idealismo indispensable al mundo paganizado por la sobrada plasticidad clásica del Renacimiento, sin las facultades intelectuales y morales indispensables á su ministerio religioso; pero íntegro, enérgico, fortísimo, valerosísimo, ocupado en cosas políticas y en conquistas territoriales, mas no en aumento de su casa y lucró de sus deudos, sino en bien y grandeza de un Estado que al fin servia de raíz material á la suprema autoridad pontificia.

Los que habian visto á Julio II de niño, á la sombra de los Alpes marítimos, á la orilla de los mares ligúricos; alimentado con la pobreza y vestido con la sencillez propia de los ribereños del Mediterráneo; cavando su huerta de Savona ó conduciendo su barca de ajos; en verdad no lo conocieran, tal como nos lo pinta en sus memorias un gran escritor, entrando el 19 de noviembre de 1506 en la vencida y dominada Bolonia; con astrólogos y adivinos por heraldos; bajo trece sucesivos arcos triunfales en cuyos frontispicios agotaba la adulacion de los caidos toda la larga letanía de oficiales loas; entre dos filas de tribunas, donde las damas y galanes boloneses, vestidos á porfía de riquísimas preesas, agitaban divisas de varios colores que venian á rozar la cabeza erguida é imperiosa del soberbio vencedor; á la sombra de magníficas telas suspendidas de un tejado á otro tejado, que formaban como inmenso palio; á la vista de armaduras y de estatuas, las cuales asomaban por todas las ventanas; sobre alfombras mullidas y cubiertas de oloroso ramaje y entre lluvias de rosas, raras en semejante estacion, y por lo mismo costosísimas;



Julio II

humilde barca desde Artizuola á Génova para vender cebollas. Después del reinado de Alejandro VI; después del nepotismo erigido en sistema de gobierno; tras aquel Duque de Gandía que aprovecha el Pontificado de su padre para granjearse títulos y feudos en España, influjo y oro en Nápoles; tras aquel Duque de Valentinois que sacra la mano de Alejandro VI para que le busque sucesores en Francia, regía esposa en Navarra, monarquía territorial en España; después de aquellos cardenales Riarios que convierten la Roma pontificia en una remota y copia de la Roma cesárea; después de aquel cardenal Hipólito de Este, que arrancó los ojos á su hermano porque le parodiaba herético á su querida; después de todos estos escándalos, el ánimo reposa, viéndose en Papa, poco espiritualista en verdad, nada religioso, exento de la sinceridad necesaria para despertar un tanto el idealismo indispensable al mundo pagano por la sobrada plasticidad clásica del Renacimiento, sin las facultades intelectuales y morales indispensables á su ministerio religioso, pero íntegro, enérgico, fortísimo, valerosísimo, ocupado en cosas políticas y en conquistas territoriales, mas no en aumento de su casa y lucro de sus donatos, sino en bien y grandeza de un Estado que al fin servía de raíz material á la suprema autoridad pontificia.

Los que habían visto á Julio II de niño, á la sombra de los Alpes marítimos, á la orilla de los mares ligúricos; alimentado con la pobreza y vestido con la sencillez propia de los ribereños del Mediterráneo; cavando su huerta de Savona ó conduciendo su barca de ajos; en verdad no lo conocieran, tal como nos lo pinta en sus memorias un gran escritor, entrando el 19 de noviembre de 1506 en la vencida y dominada Bolonia; con astrólogos y adivinos por heraldos; bajo trece sucesivos arcos triunfales en cuyos frontispicios agotaba la imaginación de los caídos toda la larga historia de sucesos; entre dos filas de batallas, desde las batallas de Ravenna hasta las batallas de Anagnino, vestidos á porfía de riquísimas prescas; agitando el estandarte pontificio que venían á rozar la cabeza erguida é imperiosa del soberbio pontífice, á la sombra de magníficas telas suspendidas de un tejado á otro tejado, que formaban como inmenso pórtico á la vista de armaduras y de estatuas, las cuales animaban por todas las calles; con las sombras multadas y cubiertas de oloroso canaje y entre lluvias de nieve, que caían en aquella estación, y por lo mismo costosísimas;



L. ROCCA D.R.

COPIA SACADA DE LA CALZADA DE SAN PABLO EN ROMA

J. TURNO D.M.

Julio II